

## La seña de Oteiza

Cada vez que recuerdo el taller del 2003, celebro que lo hecho no quedara recluido en su intimidad, ni el estudio en ensayo, ni la construcción en un modelo a escala. La entrega final de esa etapa se transformó en el montaje de una exposición de reproducciones de esculturas de la serie «Estudios del vacío», de Jorge Oteiza, construidas a tamaño real por alumnos de primer año de Diseño, la primera generación de ingreso directo a la carrera.

La exposición fue una verdadera celebración. La experiencia y el resultado del trabajo individual y colectivo salió a la ciudad, tal como sucedería en las travesías de los siguientes cuatro años. Con un brindis al atardecer en el muelle Barón se inauguró la muestra que cerraba esa etapa, aunque para mí, Oteiza no terminaría ahí.

Dos años después, el **2005**, transitando desde el segundo al tercer año de diseño de objetos en la Escuela, tuve la oportunidad de realizar un viaje en el que pasé unos días por Madrid. Caminando por primera vez por las veredas de la Ronda de Atocha, sin buscar algo en particular, tropecé de nuevo con Oteiza, esta vez en la fachada del Museo Reina Sofía, que ese febrero anunciaba la muestra *Oteiza: mito y modernidad*, aviso acompañado de imágenes de la colección de estudios del vacío, los mismos que dos años antes habíamos analizado, construido y mostrado en Valparaíso. No dudé un segundo en entrar.

Al interior del museo me encontré con todas las esculturas que en Chile, a partir de una simple reproducción fotográfica, cada uno de los novatos del 2003 tuvimos que interpretar y construir a pulso. Así hice un paseo lleno de emoción entre lo que veía y el recuerdo de lo hecho. Rodeando cada obra se me revelaban los secretos que las pequeñas

imágenes del libro que nos sirvió como guía me habían escondido: el material, el peso, el brillo, su real envergadura. En fin, fue una coincidencia fabulosa, que por momentos me hizo olvidar la importancia y la riqueza de la colección permanente, por lo que dándole espacio a la curiosidad recorrí sala tras sala, dejando que las obras me llevaran de una a la otra. En eso, apareció Picasso: bosquejos, dibujos, escenas y relatos que me mantuvieron en un trance que en mi recuerdo duró kilómetros. Hasta que de pronto, entre los intentos por dibujar en mi bitácora de viaje algunas piezas de la colección, el reojo me advirtió que algo importante venía y que lo vería gracias a que Oteiza me invitó a entrar al museo. Después de un magnífico peregrinaje por las salas y solo a un giro de la mirada lo vi: el *Guernica*, desbordante de expresión, habitando un gran espacio que súbitamente me envolvió y llenó de una indescriptible emoción que permanece hasta ahora.

Laura Zahr Viñuela